

Convivir

Gonzalo Cowley P.



Está difícil la convivencia. Del latín *convivere*, su definición nos traslada a esa capacidad de vivir con otros en un contexto de sociabilidad perfectamente humana, es decir, con el respeto por los ecosistemas sociales que aseguran empatías y comprensiones, flexibilidades, contenciones y correcciones en un modo que resulte coherente con nuestra condición humana.

Hay crisis estructurales en ámbitos múltiples. Crisis de autoridad y de roles, de jerarquías y de proyectos; en las familias, en las estructuras intermedias y en el sistema democrático. Han aparecido incluso nuevos conceptos, como la redarquía, aquella que desafía la verticalidad para proponer una horizontalidad en red para nuestras relaciones, una carretera paralela a la organización clásica, más disruptiva, quizás al modo del metaverso, que se hace cargo, en los hechos, de abordar nuevos modos de conducir la democracia, las empresas y organizaciones, y desde luego la convivencia social.

Y esa convivencia está en crisis pues, en medio de movimientos tectónicos, cada uno busca el nuevo lugar, unos antes y otros después, como siempre. Nos mezclamos cada vez más y así seguirá ocurriendo, nos guste más o nos guste menos. La revolución digital movió los paradigmas y estamos dentro de una procesadora que no para de trabajar, que sacude todas las estéticas y que va derribando mitos, creencias, posiciones estáticas y modelos que antes parecían escritos en piedra.

Hace no muchos días se proyectó que las personas que habitamos el globo somos ya ocho mil millones. Y las proyecciones de más de nueve mil promediando el siglo, y sobre los diez mil millones hacia 2100, nos llevan a reflexionar cómo queremos vivir; como alguien decía, no importa tanto cuántos somos, sino cómo vivimos. De no abordarlo, las oleadas migratorias, las verdaderas, impondrán nuevas realidades al corto andar.

Los impactos de aquello golpean sis-

témicamente la convivencia y nos desafían a innovar y a pensar fuera de la caja. Las recetas clásicas sirven cada vez menos y escrutan a las nuevas construcciones culturales que se están moviendo a la velocidad de las redes es una obligación para quienes toman decisiones, desde lo local y hasta lo global, sin perder la capacidad de asombro.

Flanqueado por una inmensidad oceánica y una cordillera que nos estrecha, un pequeño país al sur del mundo intenta escribir las bases de la convivencia social, que no es sino política a través de la ley fundamental. De ese proceso, com-

plejo por cierto, se espera que la perspectiva del momento histórico que vivimos como civilización esté siempre sobre la mesa; la convivencia está difícil, los particularismos se encuentran a la orden del día y, en medio de frenéticos movimientos, siempre resultará más conveniente la elasticidad que ofrecen los mínimos éticos que la camisa de fuerza de la sobreregulación.

“Siempre resultará más conveniente la elasticidad de los mínimos éticos que la camisa de fuerza de la sobreregulación”.

Jorge Marín
Headhunter



No hay peor sordo

La OMS define la sordera como la pérdida de audición en ambos oídos. Pero esta no es la afección de nuestro Poder Ejecutivo. No es sordo, simplemente no quiere escuchar. Parece no le interesan los mensajes que le envía la ciudadanía, o doña Juanita.

El Índice Previsional Global 2022, preparado por Mercer y la CFA Foundation, ranquea al sistema previsional chileno usando tres variables: adecuación, sustentabilidad e integridad. Según estas variables, sería uno de los más robustos a nivel mundial, sólo superado por siete países. Por eso provoca ruido ver cómo nuestro gobierno presenta un proyecto que dispara a las bases del sistema. Ojalá los ministros conversaran con el Panel de Políticas Públicas UC, cuyas conclusiones ratifican la necesidad urgente de una audiometría.

Además, la propuesta avanza en sentido opuesto a lo que pide la gente. La mayoría prefiere que sus cotizaciones vayan a cuentas individuales, y cerca de un 60% prefiere que, si hay aumento del 6%, éste ingrese a su cuenta individual. Más de un 75% quiere decidir libremente quién administre sus fondos y un 63%, que el financiamiento venga de impuestos generales.

¿A qué se debe esta falta de sintonía? ¿Es simple sordera?

Chile tiene un sistema previsional perfectible, eso es un hecho. Pero es un sistema mixto de tres pilares – capitalización individual, ahorro voluntario (APV) y solidaridad (PGU) –; eficiente (el pago de los retiros en pandemia así lo demostró) y con un buen performance de rentabilidad. Los problemas están en otro lado: el mercado del trabajo (lagunas), la longevidad, la tasa de cotización. Nada de eso tiene que ver con el administrador. Demonizarlo se parece bastante al chiste del sillón de don Otto.

Más preocupante aún es que la solución sea que la solidaridad la hagan los empleados dependientes, vía un aumento del costo empresa que les afectará en el futuro, y no que se busque una “solidaridad más justa” financiada por impuestos que pagamos todos los chilenos.

La recomendación es saber escuchar y aprender de la experiencia. Hace poco quienes nos gobiernan tuvieron la oportunidad de escuchar y no lo hicieron. La sordera ideológica está provocando confusión entre el necesario “para qué” con el “cómo”. Eso nos distancia del camino de la sensatez.

Quién lloró a Loncón

Fernando Claro V.



Hace años que hago yoga. Terminando la universidad partí con Bikram —yoga en calor—, debido a mi afición al sauna. Ser devoto al sauna, o del yoga, generaba interesantes reacciones entre mis contertulios chilenos. Algo menos hoy. Más han cambiado, eso sí, las reacciones —que eran peores— frente al hecho que uno mirara pájaros. Y peor aún las tallas. Cuando la misma persona repetía la misma talla varias veces era, además, señal inequívoca de que se estaba en presencia de un ser humano sin inventiva alguna. Y ahí siguen esos, chatos. Todavía hay gente que cree que el yoga es algo extraño o, incluso, el demonio encarnado.

El sauna sigue perturbando más al chileno, republicanos y frenteamplistas. Mi teoría es que puede ser culpa del exsenador y candidato presidencial Alejandro Guillier. Él, con una especial bajeza ética, utilizó cámaras ocultas para demostrar que un juez era asiduo al sauna. El problema, para Guillier, era que el sauna era un

sauna gay. En fin, la reacción de los chilenos frente a una persona que tenga como afición transpirar sin ropa encerrado en una pieza de madera, en Chile, sigue en el ámbito de la talla decadente, el escándalo o la rareza. En los países nórdicos, en cambio, es tan popular como nuestra «hora del té». En Finlandia hay tres millones de saunas y viven poco más de cinco millones de personas. El subsecretario Ahumada, en vez de distorsionar la realidad de los países nórdicos, debería incluir en sus side letters la importación de saunas fineses. Para que despabil-

le, quizás, sería bueno que alguien le mostrase algún un *paper* que adjudique a los saunas el crecimiento económico y la confianza social de los nórdicos. A lo mejor Mariana Mazzucato ha escrito algo así.

Cuando practicaba Bikram lo hacía como deporte físico y mental. Sin embargo, había toda una comunidad de vida alrededor de ese lugar. Se hacían y deshacían amistades, amoríos, trabajos

y quién sabe qué más. La necesidad de pertenencia de estas personas era tal, que el simple Bikram permeaba sus vidas completas —y ellos esperaban lo mismo del resto—. Yo tenía mi vida y no me interesaba la de ellos, lo que les molestaba, hasta que apareció el documental que desenmascaró a su líder como un abusador serial. La energía sec-

aria se diluyó. Después me cambié de casa y de «estudio». No sé cómo tanta necesidad de pertenencia puede hacer que alguien le exija al resto entrar en su secta. Ocurre con elecciones, religiones y trabajos de

invierno. ¿Tanto es el aburrimiento? Después de las iglesias y mediaguas por Chile vendrán los trabajos de invierno en Colchane, para construir zanjas, y los de verano en Tirúa, para «concientizar» con barricadas, cruces, poleras y armas. Habrá que afirmarse —o entretenerse—. Tantos que lloraron con los discursos de Boric, Bassa y Loncón. ¿Seguirán llorando o, peor aún, despreciando a quién no?

“No sé cómo tanta necesidad de pertenencia puede hacer que alguien le exija al resto entrar en su secta”.